

# MEMORIAS DEL FANTASMA

---

MIGUEL ÁNGEL ORTEGA  
LUCAS

La editorial es consciente de la necesidad  
de los recursos naturales para consumir cultura  
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.  
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado  
una ciprés (*Cupressus*) en el paraje  
de El Horno en Cieza (Murcia)



“Memorias del fantasma”  
© Miguel Ángel Ortega Lucas, 2017  
© La Fea Burguesía Ediciones, 2017  
Grupo Editorial Tres y Libros, SL  
Murcia, España.  
[www.lafeaburguesia.es](http://www.lafeaburguesia.es)

Cubierta: Cristina Morano  
Maquetación: Fernando Fernández Villa  
Fotografía de solapa: Higinio Morote

Primera edición: diciembre de 2017  
IBIC: DCF  
ISBN: 978 84 947994 0 2  
Depósito legal: MU 1374-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

# Índice

Prólogo .....	9
---------------	---

## MEMORIAS

Yo sólo quiero una lámpara .....	21
Iniciación .....	22
La luz aquella .....	23
El cofre aquel .....	26
Lo sé .....	29
Para que no llegaras nunca .....	30
La envidia de los dioses .....	32
El animal .....	33
Fundación .....	34
Canción para después .....	36
'A ton étoile' .....	38
Donde dura la fiebre .....	41
El accidente .....	44
"Mi corazón a pie" .....	45
El daño viejo .....	47
Pregunta .....	50

Moralidad .....	51
'Keeps turning' .....	52
Brindis .....	53
Rueca del deshielo .....	54
Siglo bisiesto .....	55
Fábula dormida .....	56
Me habló la luna en el valle último .....	58

## SONÁMBULA

Óleo encendido .....	63
Norte, domingo, otoño .....	64
Altar .....	69
Vislumbre .....	70
Mi ofrenda .....	71
Aquí .....	73
Al otro lado .....	74
Investidura .....	75
Vigilia .....	76
Noche de gloria .....	77
Oráculo .....	79
Epitafio .....	80
Así .....	81

POÉTICA Y FANTASMA  
(a modo de prólogo)

**D**emasiadas veces he dicho ya que vivimos de fantasmas; que quizá no seamos más que espectros buscando en otros espectros el conjuro prometido que nos salve.

A falta de aquello que tal vez, en alguna noche compasiva, nos haga despertar, toda nuestra vida (quiero decir: nuestro sueño) suele reducirse a este baile diabólico, este velatorio en carnaval; esta guerra, íntima y sonámbula, entre lo que perdimos y lo que esperamos: casi siempre entre un desgarró y un anhelo, un abandono y una huida, una esperanza y una desesperación. Muy rara vez *aquí*, casi nunca en el *ahora*. “Se canta lo que se pierde”, decía Machado: para honrarlo, para pedir perdón y besar de adiós su tumba ya sagrada; se canta, también, lo que se anhela, lo que no se tuvo nunca: para invocarlo. Quizá los dos rostros de un mismo paraíso perdido.

Los primeros balbuceos de lo que acabaría siendo este volumen —hace ahora siete otoños, en cierta ciudad al norte del Norte en que viví, donde ya había sabido del fantasma— sólo trataban de ser un divertimento; un ajuste de cuentas, mitad reverencia, mitad beso envenenado, del currículum sentimental de mi

primera juventud: otro canto a lo perdido. Saqueando el botín de la memoria, me propuse rescatar los episodios más oscuros, y más luminosos —suelen generalmente coincidir—, virando de la culpa a la venganza, del guiño gamberro al homenaje. Para dar un lugar a sus espectros, reconocerlos y reconocirme en ellos, y mostrar a sus emisarias mi gratitud. Pero también, al mismo tiempo, en folios paralelos, traté de reconocer y descifrar un rostro mucho más esquivo, más antiguo e improbable. Ése que, ya en la infancia, había susurrado un escalofrío dorsal desde todos los recodos de la noche, prometiendo *algo*; *algo* que esperaba en algún sitio para investirme con su ley, así como sentía de niño que la tarde me ordenaba caballero con las últimas luces rojizas del monte aquel:

*...Por el sendero negro que acechaba —escribí allí, al norte del Norte, recordando— algo me llamaba; / un eco antiguo / de caballos, herida azul, / bastón de druida tanteando / o hechizo oscuro y maldición / de la bruja siniestra del otoño...*

Cito esos versos no por capricho, sino resignado ya, gozosamente convencido, de que sólo con la poesía podemos llegar a arañar la puerta última de lo indecible: ese estremecimiento que trato de traducir aquí sólo es transmisible —como todos, a la postre— si se escucha desde “las últimas habitaciones de la sangre”, según Federico G. Lorca. Pero había sido Neruda —la otra sombra tutelar, junto con Lorca, de mi adolescencia demente— quien lo había esbozado mucho antes, mucho mejor que yo: “...*desde las ramas de la noche, / de pronto entre los otros, / entre fuegos violentos / o regresando solo, / allí estaba sin rostro / y me tocaba*”. Se refería, exacta-

mente, a la poesía: que sólo, también, con poesía puede decirse.

El fantasma: ese remordimiento tenaz de aquello que sucedió (o no llegó a suceder jamás) y que sigue mirándonos, silencioso, con sus ojos de lluvia desde el rincón, esperando el conjuro que lo absuelva; pero también ese conjuro alucinado, ese sortilegio, que nos usurpa los ojos y la respiración y la voz para hacernos vislumbrar el *otro lado*; para llevarnos de la mano, sonámbulos, a la otra orilla: allá donde habita aquello que buscamos desde siempre, que intuíamos sólo con la conciencia de la sangre, que sólo puede adivinarse con los ojos del sueño. Donde el amor reside.

Poesía: palabra que puede hacer audible, en esta orilla, esas voces del otro lado.

Pero esas voces nos hablan todo el tiempo: depende de nosotros, de estar atentos a nuestro propio silencio, que lleguemos o no a oírlas en la campana en punto del temblor que nos convoca.

Es sabido que la vida urde sin cesar correlaciones inquietantes; una trama de correspondencias que nos desafía, como un escándalo callado, para que nos preguntemos puntualmente qué hilos secretos nos animan desde lo más hondo de esa sima que creemos ser *yo*. Una urdimbre que, a algunos, nos ha hecho dejar de usar el término *casualidad*, el concepto *azar*. Quiero decir que, en cierto anochecer atónito, cayendo la campana azul del frío, escribiendo a *nadie*, sentí de manera radical, totalitaria, pero indecible, cómo un poema puede ser el oráculo de algo que ya nos esperaba (¿que *ya ha su-*

// 11

*cedido* en otra región del Tiempo?); de algo que sucederá precisamente porque lo estamos invocando: verso, escalofrío y alucinación en un mismo acorde cuyo eco —uno lo sabe, lo sabe en el fondo sin poder verlo aún— tendrá consecuencias exactas, irreparables, por más que no lleguemos a entenderlo nunca con la razón.

El poema como una puerta, como un puente en que, si se dicen las palabras mágicas, desaparece el centinela de la bruma, cediéndonos el paso al otro lado: lo que era una súplica se convierte en una llave; lo que era un fantasma se hace *real*.

Refiero ese episodio, de nuevo, no gratuitamente (o por querencia a que me inviten a la hoguera los inquisidores de la dictadura ultrarracionalista en que vivimos), sino porque determinó mi vida, marcó este libro, e ilustra de manera diáfana lo que considero debe ser la aspiración última de esta misteriosa actividad de la poesía: efectivamente, un oficio —artesanal, con sus miles de horas de cincelar el silencio hasta ver emerger algo digno—, pero un oficio que honra al misterio, en que el artesano se intuye apenas la manifestación de fuerzas que no puede comprender (que *no debe* comprender, diría, si pretende cumplir esa verdad). Apenas, escribí ya en otro sitio, el tronco y las ramas a merced de las raíces y el viento y la madrugada, pues nada es suyo: ni las fuerzas que le sostienen ni las fuerzas que le zarandean en la noche sin nadie.

“La poesía es un veredicto, no una ocupación”, contestó, frizando la edad que tiene uno ahora, el comandante Cohen. Para no variar, comulgo: de igual manera que alguien no *es* enamorado (generalmente...), sino que *está* enamorado, la poesía, según mi estricta ex-



perencia, es un fenómeno que se habita; exactamente, como un fantasma. Una ley que no puede controlarse en absoluto; que sólo puede acatarse, recibirse si se dan las condiciones secretas que la animan, y hacer lo posible por honrar a esa voz que quiere hablar por nuestros ojos de niebla. Por eso uno *no puede* “ser poeta”: uno puede *estar* en la poesía; puede sólo habitar y ser habitado por ella, hacerse uno con ese templo en llamas, y arder en un incendio que dura lo que tiene —estrictamente— que durar.

Y de igual forma que, cuando el amor se va, queda la cicatriz del honor y el dolor, la prueba de que aquello fue verdad y fue certeza, cuando la poesía se va, cuando ese estado de gracia se esfuma, queda el poema: su testimonio. La prueba de que aquello (aquella alucinación que hablaba) existió; como el signo milenario en la piedra de una civilización de la cual no podemos tener ya noticia. Llega, la poesía, nos habita, nos zarandea con el baile a ciegas del derviche... para abandonarnos. Nos abandona esa diosa, igual que el dios abandona a Antonio en el poema inmortal de Kavafis, y despertamos entonces perplejos, aturdidos, entre las ruinas al atardecer de algo que creíamos nuestro pero que no nos pertenece... Pero queda el poema: la limosna de esa diosa, de ese dios. Una moneda incandescente y sin edad, como el consuelo y la promesa de lo que siempre nos estará esperando aquí dentro; como una prueba de fe.

La poesía, como el amor, es un señorío: nosotros somos sus servidores. Ejercerla es una gozosa y voluntaria servidumbre, cuyo premio puede ser, entre otros, conjurar ese demonio que quiere hablarnos desde la otra orilla. (“*Un monstruo me persigue. Yo huyo* —escribió la

embajadora del abismo Alejandra Pizarnik—. *Pero es él quien tiene miedo, es él quien me persigue para pedirme ayuda*”).

Sé que todo esto suena a delirio; pero es que la vida es un delirio, y la poesía uno de los testimonios y revelaciones posibles de su ensueño fantasmagórico\*.

Las dos partes que conforman este libro, en fin, se fueron fraguando en paralelo, como una aventura doble de espejos enfrentados, una proyectándose hacia *atrás*, la otra hacia *adelante*, durante un periodo que abarcó entre mis veintisiete y mis treinta años: tres años, tres ciudades y un solo vislumbre, quizás, de un mismo fantasma ahí a lo lejos. Años, ciudades y huidas que ahora, esta noche, junto a esta lámpara de entonces, cerrándose misteriosamente todos sus círculos, se me antojan ya como una misma noche alucinada, en una espiral de Tiempo que no termina nunca de suceder (existió, existe, existirá). Como el mismo acorde que las hizo vivir y temblar; como estos mismos poemas, que son ya su eco, su ceniza incandescente y su leyenda.

Pues aquello que sucedió sigue sucediendo —lo sé— en otra región del Tiempo; seguimos honrándolo, por tanto, desde aquí, vislumbrando todavía esa espiral en un faro de atardeceres que no llega a extinguirse nunca. Así, la luz que alumbraba el noviembre aquel de aquella casa es la misma luz que alumbrará hoy, este septiembre, otro crepúsculo de otro templo que perdí, ahí al sur, reflejando a cántaros el bosque aquel de la plegaria.

---

\* Por supuesto, es una impresión estrictamente personal, y en modo alguno trato de establecer un dogma, o invalidar la manera de entender el oficio del resto de aspirantes, como yo, a “aprendices de discípulos”, como gustaba decir al maestro Félix Grande.

Todo es símbolo y es certeza; todo es epitafio y profecía. Y “todo lo que fuera estrépito es ya misterio”, Capitán.

Pues esto es la vida: un misterio que, como el poema, como el amor (como el fantasma), sólo se nos revelará si somos merecedores de ello; si somos capaces de ir a buscarlo ahí al fondo, más al fondo, a mil aullidos de profundidad, tras las mil máscaras del baile de carnaval y miedo del abismo propio.

El amor, todo amor, en fin, es un salto de fe. Y el poema esa oración que nos decimos entre dientes al saltar.

El fantasma; el poema; el amor: hermosos hilos de esta *secreta, jubilosa, infinita y leal correspondencia* que puede ser la vida. Que *es* la vida, si nos atrevemos a cerrar los ojos que saben mirar al Otro Lado. Allá donde una mendiga de ojos antiquísimos y belleza aterradora nos convoca todavía; nos sigue susurrando en la noche su canción.

Madrid, septiembre de 2017



# MEMORIAS

*A Félix Grande Lara,  
tutor del corazón;  
con gratitud  
innumerable  
(In memoriam)*



*...los años arrasan con todo, excepto con lo que hicimos y con lo que no hicimos y con lo que hicimos bien y con lo que hicimos mal y con lo que debimos hacer y no hicimos y con lo que no debimos hacer y sin embargo hicimos, los años arrasan con todo y no arrasan con nada, todo cuanto hemos originado y cuanto no hemos originado nos acecha hasta que hemos desaparecido de la faz de la Tierra...*

FÉLIX GRANDE

*Was I ever someone  
who could love you forever?*

LEONARD COHEN





YO SÓLO QUIERO UNA LÁMPARA,

*una luz detenida toda la noche*

*Sólo quiero una lámpara alumbrando el temblor,  
cobijando el camino,  
alentando el candor aterido del monte  
por donde vaga tu sombra en la ciudad del invierno*

*Yo sólo quiero el farol del ermitaño,  
reloj despierto de todo lo que existe*

*En la aldea rezándole a una cuna,  
en el viento embozado del cristal  
con los lobos hambrientos de la ofrenda,*

*yo sólo quiero una luz que custodie  
mi gruta boreal de estrella al norte  
mi llama de farol convaleciente*

*el jadeo de lobo perseguido toda la noche  
por la propia noche de su sangre.*

## INICIACIÓN

Por qué yo, por qué yo,  
preguntaba él, niño aún,  
hombre apenas

“*No queda nadie*”, respondió ella, sus mil años,  
respondió la niña la madre la anciana,  
respondieron todas las muertas del mundo  
en el cuarto menguante de abril.

## LA LUZ AQUELLA

Yo sé qué luz habrá a esta hora  
en cierta calle, en cierta casa,  
en cierto jardín de génesis perdido  
donde quedaron las ruinas de mi cáliz

Yo sé cómo vuelve noviembre  
al jardín tan alto  
de allí lejos, de aquella casa,  
y se sienta en el óleo de la tarde,  
y entorna los ojos taciturno

Yo sé cómo calla noviembre, cada tarde,  
en el templo aquel de aquella casa

Sé bien cómo estalla la luz  
salpicando de amarillo las paredes  
y de sangre las orillas en suspenso;  
sé que la siesta fulge afuera  
y lleva y trae rumor  
de bosque, de paz y de costumbre,  
a tientas por el salón del sueño  
y el clima del temblor más íntimo  
que medita y sube la escalera

yo sé del rito de noviembre  
en esta hora, en esa casa,  
cuando el halo transparente del ciprés  
y el humo del anhelo que cavila  
arropan al sol un sueño,  
un silbar y un espejismo  
que acaricia a quien duerme en el alero  
y a quien calla solo en su latir

Yo sé, yo sé muy bien  
qué luz habrá a esta hora  
en cierta calle,  
en cierta casa

y sé que todo será igual  
porque así debe serlo;  
porque es la ley del Tiempo  
el volver la misma luz;  
porque el Tiempo en su girar no sabe  
ni debe saber de cada estrépito  
que altere el tiempo de los hombres

Yo sé qué luz noviembre habrá  
alumbrando ahora en esa casa;  
y cómo se irá rindiendo  
en las rendijas, en las ventanas,  
hasta dar con su olvido en el umbral,  
hasta besar amable  
aquel rincón, aquella cama,

volviendo la luz aquella  
para acariciar todas las cosas  
que perdimos, que ya no duelen,  
    que seguirán viviendo solas  
y que se acaban  
                    como se acaba un poema:  
sin saber nunca cuándo  
ni por qué llega el final.

// 25